

Discurso del presidente de facto general Juan Carlos Onganía frente a gobernadores, donde se refiere a los tiempos económico, social y político, luego de dos años de gobierno

1 de abril de 1968

Juan Carlos Onganía

Fuente

Carlos Altamirano, Bajo el signo de las masas (1943 – 1973). Biblioteca del pensamiento argentino. Buenos Aires, Emecé, 2007.

Señores gobernadores:

Por segunda vez desde el comienzo de la Revolución Argentina el Gobierno reúne a los gobernadores de todas las provincias para examinar en detalle las medidas que han de adoptarse, tanto en el orden nacional como en el orden provincial, con el fin de lograr una acción más coordinada y coherente en pos de nuestros objetivos.

Esta reunión tiene por fin evaluar lo hasta aquí logrado. Tanto el gobierno nacional como cada uno de los gobiernos provinciales, han tenido su cuota de éxitos y fracasos.

Con una simple enumeración de cosas hechas, atribuyendo a cada una de ellas significado y trascendencia, sin duda concluiríamos que la Revolución Argentina en veinte meses ha logrado excelentes bases para el cumplimiento de sus objetivos. Bastaría también mirar hacia atrás desde nuestro punto de partida, recorrer nuevamente el camino andado, para cerrar la cuenta de estos veinte meses con un balance favorable. Pero los hombres de la Revolución Argentina, los hombres de gobierno, deben desechar la tentación fácil de hacer este cálculo simplista. La Revolución no ha venido solamente para resolver problemas sectoriales o para lograr un mejor rendimiento de los servicios públicos. Sin duda alguna, esto debe hacerse, pero es en las medidas de fondo que procuran una verdadera transformación de la Argentina donde encontraremos la esencia de la Revolución. El pueblo, cuya sagacidad política es innegable, así lo ha entendido y ha puesto su fe en la revolución y ha otorgado a nuestros gobiernos una carta de confianza que no será defraudada. Para ello es necesario en el hombre de gobierno un verdadero espíritu de lucha, una concepción renovadora y una nueva mentalidad dispuesta a enfrentar sin tregua todos los males que aquejan a la República. Nuestra empresa no es una empresa común y, en consecuencia, no la podemos realizar con hombres comunes.

No basta con tener hombres de inteligencia, aunque fuere extraordinaria, ni de capacidad, por grande que ésta sea. Necesitamos hombres con pasión revolucionaria y a ellos nos referimos cuando decimos que la Revolución es, antes que nada, un estado espiritual.

Hombres que sientan repugnancia por las prácticas perniciosas que han lesionado la vida argentina, que sean verdaderos perseguidores, denunciadores y sancionadores severos de ellas. Precisamos hombres con gran formación moral, que sepan renunciar a su interés personal y que estén dispuestos a esforzarse intelectual y físicamente por la Revolución

Argentina. Hombres de imaginación y de espíritu creativo que no se conformen con soluciones fáciles y que no se amedrenten ante las difíciles.

Gobiernos que en épocas llamadas normales podrían calificarse de buenos, pueden ser para la Revolución tan malos que la frustren. Nuestra función no se limita a "administrar bien", a "dejar vivir", a manejarnos con la rutina diaria del año, ni a pagar los sueldos y jubilaciones. Hemos venido a hacer una revolución. Nuestros objetivos no se agotan en una tarea bien cumplida, con una cuota mínima de fricciones.

Los problemas de gobierno no son exclusivamente problemas de hombres, pero en la última de las instancias el problema es de hombres. No bastan las buenas intenciones; hay que tomar las decisiones a que obliga la convicción y hacerlas cumplir.

Hacen falta personalidades dispuestas a aprender e inclusive a admitir sus errores, y lo que es más, a corregirlos sobre la marcha. Hacen falta personas que no aparten la vista del objetivo superior que la inspira y que puedan caminar hacia él sin dejarse engañar por las sinuosidades del terreno que atraviesan.

La Revolución Argentina se mueve en dos campos interrelacionados que es necesario diferenciar: por un lado tenemos el campo de lo inmediato e ineludible; por el otro, el del ordenamiento y la transformación, que es el que justifica el hecho que dio nacimiento a la Revolución Argentina.

La enorme cantidad de problemas de variada gama que deben resolverse perentoriamente en el campo de la coyuntura actual nos obligan a actuar con urgencia, pero no podemos dejarnos absorber por él sin riesgos de perder de vista nuestra verdadera misión.

A los impacientes, a aquellos que nos ven avanzar sin pausa pero que piensan que caminamos sin prisa, les hemos dicho que la Revolución tiene un tiempo económico al cual seguirá un tiempo social y luego uno político. Esta división conceptual que hemos hecho y el tiempo económico que atravesamos no nos deben hacer perder de vista los objetivos sociales y políticos de la Revolución Argentina. Ya se ha dicho lo que debe ser la política para la Revolución. No hay otras reglas de juego que las necesarias para organizar el país; no hay juegos ocultos ni procedimientos confusos. Lo que se hace, se hace a la luz del día, y se hace para ordenar con perentoria urgencia el país, para modernizar y coordinar sus valores internos y ensamblarlos entre sí, para institucionalizarlo. [...]